

## Alejandra\*

Yurani Muriel

Se acordó de inmediato que la semana anterior había recibido una caja de chocolates y un ramo de flores de dudosa procedencia. En medio de la habitación se vio por un momento complacida al darse cuenta que aún conservaba algo de eso que llamaban corazón. Estaba consciente de que el tiempo era oro y la agilidad con la que ejecutara sus acciones correspondería a su salvedad o a su condenación. La última opción, inconcebible para ella.

El día había comenzado como cualquier otro, repleto de un terrible hastío. Se levantó con las evidentes secuelas que su jornada de trabajo le generaban. Se sentó frente al espejo y reparó unas extensas ojeras que se acentuaban con el uso, noche tras noche, de ese maquillaje barato, indispensable para sus faenas nocturnas. Ese rostro del espejo, que resultaba tan desconocido, era el de una mujer que había tenido que vivir los actos más crueles, producto de la profanación de su pureza.

Algunas cosas habían cambiado considerablemente pero la noche traía consigo la necesidad de ofrecer su desnuda piel a favor de quien pudiera pagar las miserables por las que Alejandra canjeaba sus caricias y sus besos. Sobre La Caracas con 21, frente a la estación de gasolina, solía recostarse a repartir sus sonrisas falsas, sus fingidos amores.

La hora del baño se había convertido para ella en un ritual. Solía durar largo tiempo bajo la

regadera. Se lavaba cuidadosamente el cuerpo. Se enjabonaba una y otra vez como si quisiera que el jabón que resbalaba por su piel se llevara esos gemidos. Nunca estaba lo suficientemente limpia, siempre le quedaba algún Roberto o algún Mauricio ó algún Julio que se le calaba por los poros obstinadamente. ¿Quién besará esta noche a Alejandra? ¿Quién desabrochará su sostén de encaje negro? ¿Quién se acercará a morder su boca roja, a respirar su aliento? ¿Quién, en busca de saciar su lujuria, penetrará en su carne de mujer, morderá su pezón contraído y se deleitará con las delicias de su delirio?

Salió a la calle con la misma incertidumbre de todos los días. El sonido de sus tacones se distorsionó con el ruido que emergía de la congestionada ciudad. Encendió un cigarrillo para que la acompañara mientras caminaba en dirección al lugar donde acostumbraba ubicarse. La noche estaba fría. Comenzó a incorporarse al festín de mujeres, al tráfico de roces al que acuden hombres de todo tipo: ricos y pobres; feroces y compasivos. Todos ávidos de olor y sabor de mujer, de complacencia de manos diligentes.

El carro se acercó despacio (como lo suele hacer cualquier comprador para revisar su mercancía), su ocupante la invitó a subir. No hablaron ni de precios, ni de condiciones, ni de duración. Ella interpretó en el silencio de su acompañante que pasaría toda la noche ocupada. El hombre condujo hacia la Prime-

\* Cuento ganador del Séptimo Concurso Nacional de Cuento Colombia Cuenta, 3ª Categoría, Estudiantes de Educación Superior.

ra de Mayo. En principio, se sintió convencida que la llevaría a una de esas lujosas residencias donde la fiesta de los cuerpos estaría acompañada de un buen licor; sin embargo, al llegar a la 68 giró hacia el norte. –Me llamo Charles– dijo, en un extraño acento. Antes que Alejandra pudiera dejar salir de sus labios su nombre, él contestó su teléfono usando un idioma que ella no entendió, pero que, seguramente, era inglés.

La conversación duró el resto de recorrido hasta una casa adoquinada (de las que abren la puerta del parqueadero con un control). Alejandra se sintió extrañada. No estaba acostumbrada a este tipo de clientela. Siempre había corrido con la triste suerte de acabar en un motel de mala muerte en compañía de un borrachín panzón que roncaba y le ponía problema para pagar. Cuando entró a la habitación sobre la cama había una fina

maleta repleta de billetes. No pudo evitar que los ojos se le abrieran a punto de desencajarse. Nunca había visto tanto dinero junto, ni siquiera con aquel hombre (¿Ramón? ¿Ramiro? ¿Rafael? ¿Ricardo?) que decía ser dueño de las rutas del occidente. Charles dispuso las condiciones para entregarle el dinero. Ella estaba consternada. No podía cerrar los ojos. Parecía no entender lo que le proponía. –Mátame– repetía él ya con desespero, ofreciéndole un arma con silenciador para que acabara con su vida.

Alejandra salió con rapidez de esa casa. Casi corriendo. Tomó un taxi y le dio las indicaciones al conductor para que la regresara al centro de la ciudad. Esa noche su cuerpo no olía a Juan, ni a Pedro, ni a Pablo, ni a Lucas. Bajo la ducha, quitándose el olor a pólvora, supo a ciencia cierta quién le había enviado flores y chocolates.

